



Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 1B: LITURGIA Y HOMILÉTICA

Liturgia

11a: ¿Por Qué Teología Litúrgica?¹

Experimentando a Dios en la Adoración

Esta pregunta se responde inmediatamente – porque simplemente, aunque con frecuencia lo olvidamos, la Liturgia es una de las fuentes de nuestra Fe, como lo es igualmente la proclamación del Evangelio. *“Lex orandi, lex credendi”* como afirma la antigua sentencia latina ... la regla de la oración es la regla de la fe. Podemos ver esto en el Nuevo Testamento mismo y en la práctica de la Eucaristía. *“Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga”* (1 Corintios 11:26). La Liturgia y el Evangelio están íntimamente unidos; están hechos el uno para el otro. Teologizar, como una articulación de la fe, es imposible fuera del contexto de la liturgia y la oración. La Liturgia preexiste a cualquier texto escrito como locus de la revelación divina y celebración suya.

La fe que estableció a la Iglesia y por la cual la Iglesia vive no es simplemente un asentimiento colectivo a ciertas doctrinas sino más bien su relación viva con la acción de Dios en la historia, los eventos asociados con el advenimiento del Mesías. Estos acontecimientos corresponden, en primer lugar, a la encarnación, la vida, la muerte, la resurrección y la glorificación de Jesús Cristo, a su ascensión al cielo y el descenso del Espíritu Santo en el ‘último y gran día de Pentecostés.’ Esta relación con las acciones de Dios, hacen de la Iglesia tanto una testigo constante como una participante en estos eventos junto con sus realidades salvíficas, redentoras, vivificantes y transformadoras de vida. Ella no tiene otra experiencia o razón para guiar su fe aparte de su participación inmersiva en estas intervenciones divinas de gracia, amor y poder – ninguna otra vida aparte de la nueva vida en Cristo que ellas siempre generan y comunican a cada generación. La Tradición, aquello que es transmitido,² siempre corresponde a *“lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos”* (1 Juan 1:1). La fe de la Iglesia, por lo tanto, no ha sido extrapolada de la experiencia personal de manera

¹ A lo largo de las clases del Año 1 Trimestre 2, la palabra “liturgia” hará referencia general a todos los servicios de la Iglesia. Con respecto a la Divina Liturgia misma, las referencias serán hechas a la Eucaristía para evitar cualquier confusión.

² Etimología: ‘traditio’ (latín) “entrega, entregar a alguien, transmitir”.

desinteresada, abstracta o especulativa: es de hecho la experiencia compartida misma, conscientemente puesta en acción. En la era pre-nicena existieron más de 300 años de tradición litúrgica antes de que cualquier credo fuera promulgado formalmente y pasaron alrededor de 350 años antes de que el canon del Nuevo Testamento mismo fuera oficialmente cerrado.

Para resumir, la Iglesia no es una institución que guarda ciertas doctrinas y enseñanzas divinamente reveladas acerca de tal o cual acontecimiento en el pasado; en cambio, es la auténtica 'epifanía' de estos eventos mismos. Puede proclamar y enseñar acerca de ellos porque, ante todo, los conoce como su vida misma. Ella es la comunión en donde los eventos pueden verdaderamente ser experimentados de una manera transformadora. La cuestión de la liturgia, por lo tanto, es central para la integridad y la vida de la Iglesia. Es donde Dios actúa y los humanos responden.

La Nueva Creación y el Reino en la Adoración

Por medio del estudio de la liturgia, llegamos a entender que la Eucaristía y, en efecto, todos los misterios de la Iglesia (sacramentos) junto con los ciclos de la oración, los períodos de ayuno y festejo, nos sitúan en el comienzo y en el fin de todas las cosas, revelándonos el verdadero significado y el poder de la acción de Dios en la historia. Por lo tanto, la liturgia sin la escatología es incomprensible. La liturgia sin la salvación es impotente e incoherente. La liturgia sin transformación personal es una parodia del evangelio. En cambio, sabemos que todas estas acciones (escatología, salvación, transformación personal) se manifiestan realmente y se llevan a cabo en la liturgia de la Iglesia. Se realizan de acuerdo con la estructura y el ritmo de la adoración ortodoxa, de su belleza, sus palabras y sus ritos. La liturgia es la epifanía de una nueva creación en Cristo – la presencia y el poder en este mundo del gozo y la paz del Espíritu Santo, de la eternidad del Reino de Dios en el momento presente y siempre.

El aspecto Pentecostal de la adoración y la vida ortodoxa ha sido expuesto magníficamente en un sermón predicado por el antiguo Patriarca de Antioquía, Ignacio IV, en el Concilio Mundial de Iglesias en 1968 cuando era Metropolitano de Latakia:

Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos,
Cristo permanece en el pasado,
el evangelio es letra muerta,
la Iglesia es una pura organización,
la autoridad es tiranía,
la misión es propaganda,
la liturgia es simple recuerdo,
y la vida cristiana es una moral de esclavos.
Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable,

el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino,
el hombre lucha contra la carne,
Cristo resucitado está aquí,
el evangelio es una fuerza vivificadora,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la autoridad es un Pentecostés,
la liturgia es memorial y anticipación,
y la acción humana es divinizada.

La interpretación del Patriarca Ignacio IV de la liturgia como el medio por el cual la “acción humana es divinizada” está estrechamente relacionada con la obra del Padre Alexander Schmemmann (1921-1983) en la cual la adoración es “la verdadera fuente de la teología,” como se ha declarado en el primer párrafo de esta clase.³ Es por medio de la liturgia que la teología “se convierte en misión en las vidas de los Cristianos.”⁴

Receptores de los Apóstoles

Entonces, esto es lo que los cristianos han hecho siempre, adorar a Dios para darle la gloria y conocer tanto personalmente como en comunidad la salvación del Hijo, el poder interior del Espíritu Santo y las posibilidades transformadoras de las Buenas Nuevas para toda la creación. La labor primaria de los apóstoles no fue escribir tratados filosóficos o teológicos; ellos expresaron su conocimiento de Dios y de Cristo en la adoración orante y en los sacramentos. Su teología era una experiencia vivida, profundamente arraigada en su experiencia de adoración comunitaria en “en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en la fracción del pan y en las oraciones.”⁵

No existe corrupción alguna en lo que hemos recibido de Cristo como suponen algunos protestantes, ni distinción entre el llamado “Jesús de la Historia” y el “Cristo de la Fe.”⁶ San Pablo, como los demás apóstoles, no inventó nada nuevo. Ajustó su predicación y su testimonio a la mente de Cristo en Su Iglesia – lo que él mismo había recibido de los Doce. Por ejemplo,

³ Ver: Padre Alexander Schmemmann, *Introduction to Liturgical Theology* (Crestwood, NY: St Vladimir Seminary Press [SVSP]), 2^{da} ed. La cita “la adoración es la verdadera fuente de la teología” es de Michael Plekon, “The Russian religious revival and its theological legacy” en Mary B. Cunningham & Elizabeth Theokritoff (eds.), *The Cambridge Companion to Orthodox Christian Theology* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), p. 208.

⁴ Michael Plekon en Cunningham & Theokritoff, p. 208.

⁵ Hechos 2:42

⁶ La llamada “Búsqueda del Jesús Histórico” posee un largo historial en el pensamiento protestante liberal moderno. La aguda (y desde un punto de vista ortodoxo, falsa) distinción entre Jesús tal como ha vivido y el Cristo predicado induce a algunos heterodoxos a buscar el “Jesús original.” Otros (como Rudolph Bultmann) suponiendo que este es un proyecto condenado al fracaso rechazan la noción casi por completo y prefieren en cambio su versión del “Cristo de la Fe.” Algo de la historia de este impasse podemos encontrarlo en: https://es.wikipedia.org/wiki/Búsqueda_del_Jesús_histórico

prologa su enseñanza eucarística con la siguiente frase sugerente y altamente significativa ... "Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido."⁷ Los Ortodoxos continúan en esa línea ininterrumpida de transmisión transformadora de la mente de Cristo a la humanidad por medio de Su Iglesia.

La Adoración Transforma al Mundo

La misma palabra 'theología' originalmente significaba himnos cantados a Dios, no un tratado académico. No obstante, una preocupación corrompida, formalista por las minucias de los servicios puede a veces hacer que algunos fracasen en ver la liturgia de la Iglesia como una visión omniabarcante de la vida, como un poder hecho para juzgar, informar y transformar toda la existencia, como una filosofía de vida que conforma y reta todas nuestras ideas, actitudes y acciones. La liturgia es un icono de la nueva vida en Cristo cuya intención es desafiar y renovar la antigua vida en nosotros y alrededor nuestro. Para lograrlo, Dios por medio de la Iglesia ha ordenado nuestra adoración no solo para inculcarnos una mente y un corazón cristianos sino también para guiar la práctica cristiana mediante la santificación del espacio y el tiempo. Por ello, la adoración de la Iglesia es, al mismo tiempo, sacramentalmente teofánica de Dios Mismo y una anticipación de Su Reino que transforma las realidades espaciales y temporales. La teología derivada de semejante adoración nunca es desencarnada o mundana. No es nada más que la experiencia de la Santa Trinidad que hace nuevas todas las cosas. "Toda adoración es una celebración eclesial, y personal dirigida al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo."⁸ Así es, en las palabras arameas de una de las invocaciones litúrgicas más profundas, antiguas y simples registradas por San Pablo en su epístola a la Iglesia de Corinto: "*Maranatha (¡Ven Señor Nuestro!)*"⁹

La adoración sin una predicación y una enseñanza efectivas es impensable. Por lo tanto, en esta segunda parte de la clase introduciremos y continuaremos a lo largo de este trimestre un estudio sobre homilética.



⁷ 1 Corintios 11:23

⁸ Boris Bobrinsky, "God in Trinity" en Mary B. Cunningham & Elizaabeth Theokritoff (eds.), *The Cambridge Companion to Orthodox Theology* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), p. 52

Homilética

11b: Perspectivas Históricas y Principios Teológicos

La Predicación y la Enseñanza

Hay dos ministerios de la Palabra que tomaremos en consideración es estas clases y estos son la enseñanza y la predicación. A veces son confundidos. La persona que predica también puede enseñar dentro del sermón u homilía, pero la persona que enseña, por lo general, no predica. La enseñanza presupone la adquisición de información con comprensión o una tarea con una habilidad. El proceso de enseñanza tiene un objetivo funcional que busca engranar los diferentes modos de aprendizaje que el estudiante trae a la clase. La predicación, sin embargo, tiene un propósito que elude el alcance de la enseñanza, aunque como hemos dicho, puede incluirla. El predicador busca una transformación por medio de la gracia y su aplicación en las vidas de aquellos que lo escuchan. Esta transformación es el poder del evangelio mismo; o hablando con mayor propiedad, es la actividad del Espíritu Santo en la proclamación y extensión de la Palabra que es Cristo Mismo. Las palabras del sermón se ofrecen como vehículos de desafío, de ánimo y de transformación en Dios.

El reto que Cristo lanzó a sus Apóstoles en La Gran Comisión todavía nos hace frente en la actualidad – ser sus testigos en nuestros entornos locales, así como “hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:8). Sin embargo, como los apóstoles, nosotros debemos esperar para “recibir poder” del Espíritu Santo antes de que intentemos dar testimonio a los demás. Tal “poder” incluye a ambas la habilidad para crecer como una persona y la pericia para crecer en la comprensión de la Fe Cristiana. Además, a medida que el predicador crece en la comprensión de sí mismo y de la Fe Cristiana, encuentra el desafío de conducir a la congregación hacia su propia comprensión incrementada de sí misma y de la Fe Cristiana. En *Reading for Preaching: The Preacher in Conversation with Storytellers, Biographers, Poets, and Journalists*, un experimentado maestro y predicador cristiano, Cornelius Plantinga Jr. ha señalado que cada sermón “tiene que cambiar todo el tiempo.”⁹ Es muy diferente de la situación que enfrenta el político que puede tener un solo discurso de campaña en todas partes y cambia solo unas cuantas frases de acuerdo con el contexto local. Los predicadores en sus propias parroquias enfrentan una situación opuesta a la del político: “La audiencia sigue siendo la misma semana tras semana y es el discurso el que necesita cambiar.”¹⁰ Por lo tanto, si un predicador no logra crecer en su

⁹ Cornelius Plantinga Jr., *Reading for Preaching: The Preacher in Conversation with Storytellers, Biographers, Poets and Journalists* [La Lectura para la Predicación: El Predicador en Conversación con Narradores, Biógrafos, Poetas y Periodistas] (Cambridge: William B. Eerdmans, 2013), p. 65.

¹⁰ Plantinga, p. 65.

autocomprensión y en la Fe Cristiana, la congregación inevitablemente se verá envuelta en la misma rutina monótona.

En esta primera charla veremos en primer lugar el don de la predicación y cómo este puede dar gloria a Dios y su Iglesia y cómo puede servir para el bien de la humanidad.

Dada la magnitud del reto que enfrenta cualquier predicador, la realidad es realmente que “el predicador necesitará adquirir sabiduría con una rapidez deliberada.”¹¹ La adquisición de tal sabiduría requiere una entrega genuina a la oración, la lectura, el crecimiento personal y una determinación para mejorar la habilidad de comunicar el significado de la fe en Cristo y en su Iglesia.

La Predicación en el Antiguo Testamento

El aspecto transformador de la predicación arraiga el sermón en la tradición profética de la cual surgió. Aunque el Antiguo Testamento rara vez nos presenta fragmentos de sermones, la profecía con frecuencia cumple el mismo objeto que un sermón. Ambos, la profecía y el sermón declaran la Palabra de Dios a su pueblo; a veces, como en el caso de Daniel, a aquellos que se encuentran fuera de los límites de Israel. La distinción, en cuanto tal, entre la profecía y el sermón tiene que ver con el grado de derecho con la cual la Palabra transformadora es escuchada. El profeta anuncia: “El Señor dice ...” El predicador, por otra parte, establece una posición personal estratégica dentro de la tradición de Israel. Compare los siguientes textos: el primero es profecía, el segundo es predicación. (Algunas veces, por supuesto, los dos géneros se entremezclan).

“Consolad, consolad a mi pueblo - dice vuestro Dios” ... “¡Grita!” Y digo: “¿Qué he de gritar?”
“Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo ...” (Isaías 40:1,6)

“Ahora, pues, temed al Señor y servidle perfectamente, con fidelidad; apartaos de los dioses a los que sirvieron vuestros padres más allá del Río y en Egipto y servid al Señor” (Josué 24:14).

La predicación comparte con la profecía el reto existencial de vivir una vida piadosa, pero, mientras que la profecía es Dios hablando directamente a su Pueblo por medio de sus siervos los Profetas, la predicación tiene que ver con la respuesta del Pueblo a la Palabra que ha sido declarada. La predicación, por lo tanto, debe hacer referencia a la Palabra profética; y la profecía debe ser convincente en el discernimiento del Espíritu dentro de la corriente viva que es la Santa Tradición. Aunque el rescate de Jonás de sus tribulaciones en el mar y en la ballena sea milagroso (Jonás 1-2), Mateo el Pobre tiene razón al centrarse en la importancia de cómo la predicación de Jonás trajo la salvación al pueblo de Nínive que estaba preparado para arrepentirse, un tanto para sorpresa de Jonás mismo.¹²

¹¹ Plantinga, p. 107.

¹² Matthew the Poor, *The Titles of Christ* (Rollinsford, NH: Orthodox Research Institute, 2008), p. 28.

Los predicadores hoy en día no deben sorprenderse de que Dios tenga compasión de sus oyentes, como la tuvo con el pueblo de Nínive. Cada predicador competente en cualquier época es un profeta compasivo cuya responsabilidad primaria es escuchar y transmitir la Palabra a todo aquel que esté preparado para escuchar y arrepentirse.

La Predicación en el Nuevo Testamento

Todo esto, por supuesto, ha sido transferido al Nuevo Testamento. San Marcos nos muestra que la Palabra proferida por Cristo es hablada con una autoridad poco común, que en realidad solo puede venir directamente de Dios Mismo (Marcos 1:22.29). En Cristo la Palabra profética y la Palabra enseñada tienen una sola Fuente. Lo que Él como la Palabra escucha del Padre lo declara en su propia persona y con su propia boca (Juan 15:15). El estribillo escuchado a menudo: *“Habéis oído que se dijo ... Pues yo os digo ...”* (Mateo 5:21-30) pone de relieve el mismo punto. Por supuesto, en el ministerio de nuestro Señor, vemos también una clara distinción entre la predicación a la multitud y la enseñanza al círculo interno de sus discípulos. Cuando nuestro Señor predica, su mensaje es frecuentemente conciso y corto: *“Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos”* (Mateo 3:2). Sin embargo, cuando enseña lo hace con extensas parábolas, a veces con explicaciones detalladas dadas a aquellos que poseen la capacidad para entenderlas profundamente – su círculo interno, los Doce. Nuestro Señor reclutó no solo a los Doce para predicar sino también a los Setenta Apóstoles (Lucas 10:1-16), de esta manera la simiente de la Iglesia como cuerpo misionero ya estaba en su lugar mucho antes de la Pasión. Sin embargo, es solo después de la muerte y resurrección de Cristo que el evangelio completo puede ser proclamado.

Después de la Resurrección y Pentecostés el contenido de la predicación del Reino de Dios se llena con la muerte y la resurrección de Cristo constituyendo el corazón del evangelio, las cuales seguirán siendo la piedra de toque de la predicación para siempre después de esto. El sermón de San Pedro en Hechos proclama el evangelio en estos términos; y la respuesta es inmediata y práctica:

Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué hemos de hacer, hermanos?” Pedro les contestó: “Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesús Cristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro” (Hechos 2:37-39).

Podemos discernir mucho de este mismo estilo en el famoso sermón de San Pablo a los filósofos en el Areópago de Atenas (Hechos 17:22-32). Esta vez, sin embargo, el Apóstol adapta la presentación de su mensaje para tomar en cuenta las inquietudes religiosas y filosóficas de sus escuchas gentiles paganos (el altar al Dios Desconocido) pero no tanto como para sacrificar la

centralidad de la resurrección, a estas alturas “necedad para los gentiles” (1 Corintios 1:23). Estos dos sermones de los Santos Pedro y Pablo tomados de los Hechos ofrecen un modelo inspirador para los futuros predicadores.

Evidentemente, aquellos judíos que reconocieron que Cristo había venido a la Palestina del primer siglo deseaban compartir sus vidas y su fe con los no judíos. En *Spread the Word: Reclaiming the Apostolic Tradition of Evangelism [Difunde la Palabra: Recuperando la Tradición Apostólica del Evangelismo]*, el Padre Michael Keiser enmarca el problema:

¿Cómo entonamos el canto del Señor en una nueva tierra? ¿Cómo traducimos el Evangelio que con tanto éxito convirtió a los judíos, para que haga lo mismo con los griegos? No es solo una cuestión de lenguaje, sino de ideas que deben ser matizadas para que puedan ser entendidas, y eso siempre constituye un problema.¹³

Además, el Padre Michael nos hace una advertencia significativa respecto a nuestros esfuerzos para llevar la cultura cristiana a nuestra propia generación: “A veces usted puede con mucha insistencia tratar de hacer que sus ideas sean comprensibles para otra cultura hasta que en lugar de ello las envuelve accidentalmente con sus ideas y cambia lo que usted cree en lugar de convertir a los demás.”¹⁴ Por lo tanto, cualquier predicador hoy necesita tener una comprensión cabal de la validez de la presencia de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, igual que en la Era Apostólica, antes de que trate de alcanzar a los demás. Sin este sólido conocimiento de la presencia de Dios, los predicadores hallarán que sus palabras dejarán de ser verdad para convertirse en fábulas, precisamente como San Pablo advirtió (2 Timoteo 4:2-4).

La Predicación en la Era Apostólica

En la era apostólica los Padres de la Iglesia continuaron predicando de la misma forma establecida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, unida al reconocimiento de la cultura contemporánea. Por ejemplo, San Justino Mártir presentó a Cristo como el Logos, el cumplimiento de las más elevadas aspiraciones de los amantes de la sabiduría griegos (literalmente, “filósofos”). Sin embargo, pocos sermones valiosos quedan de este período hasta el siglo cuarto cuando encontramos a la joya de la corona de los predicadores, San Juan Crisóstomo (lit. Boca de Oro) junto a San Gregorio el Teólogo, S. Basilio el Grande, S. Ambrosio, S. Agustín y S. Hilario. Lo más notable de estos magníficos predicadores es la aplicación de las habilidades de la oratoria a la obra de la predicación. No obstante, la sencillez no se perdió con la aplicación de las habilidades oratorias. Las homilias de San Juan Crisóstomo poseen una franqueza que se enfoca deliberadamente en la comprensión popular del texto bíblico con el

¹³ Michael Keiser, *Spread the Word: Reclaiming the Apostolic Tradition of Evangelism* (Chesterton, IN: Conciliar Press [now Ancient Faith Publishing]), p. 77.

¹⁴ Michael Keiser, *Spread the Word*, pp. 77-78.

propósito de estar seguro de que entendieron. A veces el pueblo se dejaba llevar por la emoción y aplaudía sus sermones. ¡En algunas ocasiones, tuvo que pedirles que se abstuvieran de hacer aclamaciones para mantener el buen orden! El P. John Behr¹⁵ comenta que:

San Juan también responde a quienes señalan que los apóstoles – pescadores iletrados – no tenía conocimiento de los puntos más sutiles de la oratoria, que no tenían *‘la dulzura de Sócrates, la vehemencia de Demóstenes, la gravedad de Tucídides y la sublimidad de Platón.’* Pero, señala que Pablo hace una cuidadosa distinción, al decir que *‘pues si carezco de elocuencia, no así de ciencia’* (2 Corintios 11:6, comparándose así con Moisés). San Juan entonces continúa:

Pero yo dejo a un lado todas estas cosas, y el escrupuloso y buscado ornato de los paganos ni me cuido de la frase, ni de la elocución. Y se conceda también la pobreza de la oración, y la composición sencilla y desnuda de las voces; solamente no se encuentre algún idiota en el conocimiento exacto de los dogmas, ni tampoco para ocultar su descuido y omisión, quiera defraudar a aquel hombre bienaventurado del mayor de los bienes y de la principal de sus alabanzas’ (Sobre el Sacerdocio 4:6).

Entonces en lo que todos los predicadores de la Palabra insisten en este período y desde aquella época es que el predicador debe hablar acerca de lo que conoce personalmente y ha de conducir al pueblo así hacia Dios de acuerdo con la enseñanza y el método de los Apóstoles. Observamos en esto la persistencia de la invitación personal y directa de los profetas a hacer caso de la Palabra del Señor, porque al convertirse en hacedor de esa Palabra el predicador (que ha aprendido a ser un oyente del Señor) es transformado por el Espíritu de santidad.

La sólida predicación ortodoxa de hoy en día requiere una constante revalorización de la herencia patrística. Como nos ha recordado Augustine Cassidy: “Si la sangre de los mártires es la simiente de la Iglesia, el legado de los Padres es el fruto de la Iglesia.”¹⁶ Además, debemos darnos cuenta de que como Cristianos Ortodoxos nuestra conciencia de la herencia teológica y evangelizadora de los Padres es precisamente tan significativa como nuestro reconocimiento de las vidas y las muertes de los mártires. Un buen punto de partida para los predicadores, tan nuevo como maduro, es reconocer que cuando hacemos referencia a ciertas personas como “padres,” nos ponemos a nosotros mismos “en el papel de sus hijos,” pero en la posición muy poco corriente de una adopción a la inversa en la cual nosotros como hijos nos identificamos y nos afiliamos a ellos como padres, escogiendo ser adoptados por ellos por su sabiduría y experiencia.¹⁷ Sin embargo, nuestro papel como hijos no es pasivo, al recibir simplemente la fe

¹⁵ San Juan Crisóstomo “Sobre el Sacerdocio” (Charla impartida por el P. John Behr, Deán del Seminario Teológico de San Vladimir, en el Aniversario de la muerte de San Juan).

¹⁶ Augustine Cassidy, *Remember the Days of Old: Orthodox Thinking on the Patristic Heritage* (Yonkers, NY: St. Vladimir’s Seminary Press, 2014 p. 13).

¹⁷ Cassidy, *Remember the Days of Old*, p. 20.

de nuestros padres, sino activo al transmitir la herencia patristica a las culturas contemporáneas en muchos países diferentes en la actualidad.¹⁸ Inevitablemente, en nuestra confrontación personal con el pluralismo contemporáneo (con su fuerte tendencia a rechazar la autoridad de la Fe Cristiana), debemos todos aprender cómo adaptar la herencia patristica a la predicación en nuestras propias culturas.



Traducido al español y editado por:

Triantáphyllos R. Pérez Moya.

Ranchuelo.

Villa Clara.

Cuba

¹⁸ Cf. Cassidy, p. 22.